

La violencia como límite del progreso. Una crítica arendtiana del optimismo tecnológico*

Violence as a limit of progress. Hannah Arendt's critique of technological optimism

Por: Forni, Gabriel Ignacio**

Universidad Nacional del Nordeste
Resistencia, Chaco. República Argentina

E-mail: forni.gif@gmail.com

Fecha de recepción: 15/03/2024

Fecha de aprobación: 18/04/2024

DOI: <https://doi.org/10.30972/ach920247459>

Resumen

La presente investigación se fundamenta a partir del análisis de la obra *Sobre la violencia* (2005) escrita por Hannah Arendt. Publicada en el año 1969 –en pleno auge de los movimientos emancipatorios de la década–, expone su perspectiva sobre el fenómeno de la violencia en relación con el mundo de lo político.

Nuestra hipótesis de trabajo consiste en sostener la existencia de una relación conceptual entre la violencia política, la tecnología y la idea de progreso según lo expuesto en la obra antes mencionada. Específicamente, proponemos que el vínculo generado entre violencia y tecnología se encuentra fundamentado en la noción decimonónica del Progreso (entendido como el desarrollo material futuro, acumulativo y eminentemente positivo). Advertimos que estos mecanismos erosionan la acción política propiamente dicha, ya que, en afán de reducir la imprevisibilidad inherente a la acción humana propician la introducción de la violencia en la estructura política.

* El presente trabajo surge a partir de un informe final presentado en el marco de la cátedra “Seminario I: Análisis de una obra filosófica” (UNNE) a cargo del profesor Gonzalo, César.

** Estudiante universitario de las carreras de Profesorado y Licenciatura en Filosofía en la Facultad de Humanidades de la UNNE. Ha participado en las Jornadas de Estudiantes de Filosofía de dicha institución en calidad tanto de organizador como de expositor.

Asimismo, notamos como la sociedad contemporánea fundada en estos ideales, tiende a naturalizar (e incluso fomentar) la violencia dentro del ámbito de lo político y lo social, llevando a conformar una serie de parámetros ideológicos que dirigen nuestras acciones e incluso nuestros modos de pensamiento.

En términos metodológicos, iniciamos por definir nuestra tríada conceptual de acuerdo a la interpretación que ofrece Arendt. Luego, procedemos a identificar los cruces teóricos, solapamientos e interdependencias que respaldan la relación que proponemos. Finalmente, presentamos las conclusiones que extraemos a partir de lo escrito por la autora, junto con nuestras propias contribuciones. El esfuerzo teórico consiste en visualizar y presentar las conexiones subyacentes en el pensamiento arendtiano, esperando aportar a una comprensión más profunda de su obra y a nuevas perspectivas para su interpretación.

Palabras Clave: Arendt, violencia, tecnología, Progreso, política.

Abstract

The present article is based on the analysis of the work *On Violence* (2005) written by Hannah Arendt. Published in 1969 -at the height of the emancipatory movements of the decade-, it exposes her perspective on the phenomenon of violence in relation to the political world.

Our working hypothesis consists in sustaining the existence of a conceptual relationship between political violence, technology and the idea of Progress as set forth in the aforementioned work. Specifically, we propose that the link generated between violence and technology is based on the nineteenth-century notion of Progress (understood as future material development, cumulative and eminently positive). We warn that these mechanisms erode political action itself, since, in an effort to reduce the unpredictability inherent to human action, they encourage the introduction of violence into the political structure. We also note how contemporary society, founded on these ideals, tends to naturalize (and even encourage) violence within the political and social sphere, leading to the formation of a series of ideological parameters that direct our actions and even our modes of thought.

In terms of our methodology, we begin by defining our conceptual triad according to Arendt's interpretation. We then proceed to identify the connections, overlaps and interdependences that support the relationship we propose. Finally, we present the conclusions we draw from the author's writing, together with our own contributions. The main effort consists in visualizing and presenting the underlying connections in Arendt's thought, hopefully contributing to a deeper understanding of his work and new perspectives for its interpretation.

Keywords: Arendt, violence, technology, Progress, politics.

Introducción

Le habíamos dado una conciencia. Sin advertirlo, naturalmente. Pero, de todas formas se la habíamos dado. Y finalmente estaba atrapada. Le habíamos permitido que pensara, pero no le expresamos qué debía hacer con ese don. En un raptó de furia, de loco frenesí, nos había matado a casi todos, y sin embargo seguía atrapada. No podía divagar, no podía sorprenderse, no podía pertenecer. Sólo podía ser. Y entonces, con el desprecio insano con que todas las máquinas consideran a las criaturas débiles y suaves que las han fabricado, había buscado su venganza.
No tengo boca y debo gritar - Harlan Ellison

Nuestra propuesta de investigación busca establecer un vínculo teórico-conceptual entre violencia,¹ tecnología y la idea de progreso, fundamentada en la obra *Sobre la violencia* (2005) de Hannah Arendt.

La hipótesis principal que defendemos sostiene la existencia de una relación entre los fenómenos de la violencia política, el desarrollo tecnológico² y la idea de progreso. La formulamos de la siguiente manera: La conexión práctica entre violencia y tecnología encuentra fundamentos teóricos en la noción de progreso, la cual, según nuestra interpretación, socava la acción política propiamente dicha e introduce el ejercicio de la violencia en el ámbito político. El esfuerzo teórico consistirá en visibilizar

¹ Fundamentalmente interpretada como violencia política, dado el enfoque de la obra seleccionada. En secciones posteriores examinaremos esto con mayor detalle.

² Principalmente, nos referimos al desarrollo armamentístico como la expresión predominante de la violencia en la tecnología.

y explicitar las relaciones subyacentes en lo escrito por Arendt, la trama y redes que unen a estos tres conceptos, así como sus implicaciones teóricas.

Podemos inferir, según el planteo de Arendt, que tanto la violencia como la tecnología comparten un carácter instrumental. Cuando estos fenómenos se convierten en fines en sí mismos (confundiéndose con la acción), terminan por infiltrar de manera estructural al cuerpo político. Se evidencia esta dinámica cuando, en el terreno de las relaciones políticas entre naciones, es el progreso tecnológico en sí mismo el que adopta una naturaleza violenta: “La violencia siempre necesita herramientas (...) la revolución tecnológica ha sido especialmente notada en la actitud bélica” (Arendt, 2005, p. 10). Es crucial examinar cómo el desarrollo tecnológico tiende a generar nuevos y más eficaces instrumentos para la violencia. Las nociones progresistas mantienen la creencia de que son estas propias fuerzas del desarrollo las que motorizan a la humanidad -sugiriendo una suerte de teleología donde es el propio avance tecnológico el que eventualmente resolverá los problemas que él mismo genera-.

Esto nos conduce al interrogante: ¿La idea de progreso conlleva intrínsecamente una connotación violenta? Si bien excede los objetivos de este trabajo, esta pregunta nos brinda un punto de partida para reflexionar sobre esta noción. Podemos sostener que la idea de progreso actúa como un supuesto que articula la mayoría de las cosmovisiones modernas en los ámbitos político y social, siendo la base desde la cual parten. Este principio fundacional de la sociedad moderna opera como una ley o norma que estructura el desarrollo de la sociedad de cara al futuro. Cabe indagar acerca de las ideas que subyacen a este principio y cómo condiciona el pensamiento y la acción política. Para lograrlo, es necesario exponer sus propios fundamentos e intentar definirlo con todos sus matices.

El trabajo proyectado será de carácter exploratorio. Con el fin de sustentar la propuesta planteada procedemos en principio realizando una definición conceptual en base a los desarrollos de la autora. Una vez llevada a cabo esta labor, se avanza en la identificación de los cruces teóricos y puntos de interdependencia conceptual que fundamentan la relación propuesta. Posteriormente desarrollamos las implicaciones y consecuencias teóricas que se desprenden de este planteo. Toda esta labor se

manifestará en una síntesis a partir de la cual procederemos a exponer las conclusiones conforme aparecen en la autora, sumando además nuestros propios aportes. Asimismo, cabe destacar que –si bien no se seguirá estrictamente esta metodología– se tendrá presente a modo de marco de referencia la perspectiva fenomenológica utilizada por Arendt en la obra escogida.

Consideramos también necesario hacer énfasis en la importancia de continuar investigando esta temática en nuestro contexto actual, donde el paradigma tecnocéntrico funciona como representación sociocultural hegemónica del progreso y del desarrollo. El avance tecnológico ya no solo influye en diversas facetas de nuestra vida cotidiana, sino que su proceso de aceleración creciente evidencia que excede incluso nuestra capacidad de comprensión y abordaje adecuado. Esperamos con nuestra labor aportar a lecturas novedosas de una autora que según entendemos, sigue proporcionándonos herramientas para reflexionar sobre nuestra condición humana en un mundo cada vez más marcado por la imprevisibilidad político-social.

1. Delimitación conceptual

Como primer paso consideramos necesario poder delimitar conceptualmente los términos utilizados y explicitar el sentido puntual con el que Arendt los emplea en la obra. En otras palabras, buscamos especificar precisamente a qué nos estaremos refiriendo a lo largo del presente trabajo. Para lograr esto debemos ensayar una definición conceptual de cada término, identificando sus límites y fronteras tanto como sus superposiciones y puntos de contacto. Así, en una segunda instancia, podremos también esbozar la estructura que conforman en conjunto.

- **Violencia**

La violencia –como queda demostrado por su título– es el concepto central en torno al cual se desarrolla toda la obra; por lo tanto, debemos proceder a su definición con la mayor minuciosidad posible. Primeramente, podemos notar que la autora no está tomando a la violencia en tanto fenómeno abstracto, general o universal; más bien, toma una forma específica y concreta de violencia: la violencia política (o, mejor dicho, el ejercicio de la violencia en el terreno de los asuntos políticos). La apuesta de Arendt es,

en sus palabras, la de “tratar a la violencia como un fenómeno con derecho propio” (Arendt, 2005, p. 48).

No obstante, si queremos saber qué es la violencia para Arendt, debemos necesariamente comenzar por indagar sobre su concepción acerca del poder, puesto que, según la autora, poder y violencia son fenómenos fundamentalmente opuestos. La contraposición que plantea entre ambos fenómenos es tal que llega al punto de afirmar que cuando uno de ellos está presente, el otro no puede estarlo. Tradicionalmente la concepción filosófica moderna –que interpreta la política a partir de la dominación del hombre por el hombre– equipara el fenómeno de la violencia como “la más flagrante manifestación de poder” (Arendt, 2005, p. 48). La filósofa, contraria a esta caracterización, marcará una división tajante entre ambos conceptos; la violencia es lo opuesto al poder. Para que esto nos quede claro, introduciremos brevemente la definición que expresa en el apartado dos de la obra, donde define al poder como:

(...) la capacidad humana, no simplemente para actuar, sino para actuar concertadamente.³ El poder nunca es propiedad de un individuo; pertenece a un grupo y sigue existiendo mientras que el grupo se mantenga unido. Cuando decimos de alguien que está «en el poder» nos referimos realmente a que tiene un poder de cierto número de personas para actuar en su nombre. (Arendt, 2005, p. 60)

En base a esta cualidad esencial del poder la filósofa concluye que “la extrema forma de poder es la de Todos contra Uno, la extrema forma de violencia es la de Uno contra Todos” (Arendt, 2005, p. 57). Habiendo marcado esta distinción fundamental podemos dar pie a continuar con la caracterización de la violencia según se desarrolla en la obra. Como veíamos anteriormente, la violencia no requiere un número relevante de individuos. Obra por coacción y multiplica la potencia⁴ de quienes la ejecutan a través

³ Vemos aquí un paralelismo con el concepto arendtiano de acción, el tipo de actividad que es específicamente humana y punto de partida de la política. En sus palabras, acción es: “la única actividad que se da entre los hombres sin la mediación de cosas o materia, corresponde a la condición humana de la pluralidad, (...) esta pluralidad es específicamente la condición (...) de toda vida política” (Arendt, 2009, pp.22-23).

⁴ Según Arendt (2005) potencia es: “la propiedad inherente a un objeto o persona y pertenece a su carácter, que puede demostrarse a sí mismo en relación con otras cosas o con otras personas, pero es esencialmente independiente de ellos.” (p.61).

de la utilización de la técnica: “la violencia puede prescindir del número porque descansa en sus instrumentos” (Arendt, 2005, p. 57) Esto es precisamente lo que la autora define como el carácter instrumental de la violencia:

Fenomenológicamente está próxima a la potencia, dado que los instrumentos de la violencia, como todas las demás herramientas, son concebidos y empleados para multiplicar la potencia natural hasta que, en la última fase de su desarrollo, puedan sustituirla. (Arendt, 2005, p.63)

Es justamente este carácter instrumental el que la lleva a precisar (como todo medio) de un fin al cual tiende y para el cual se ejecuta. Esto significa que la violencia no puede –o, mejor dicho, no debe– ser ejercida como un fin en sí mismo: el fin de la violencia en la política (por ejemplo, el ejercicio de la violencia revolucionaria) tiene que estar dado por un objetivo político que trascienda el mero acto violento. Sin embargo, cabe destacar que, sin importar el fin propuesto, la violencia contiene en sí una dimensión puramente arbitraria, puesto que según Arendt: “como los resultados de la acción del hombre quedan más allá del control de quien actúa, la violencia alberga dentro de sí un elemento adicional de arbitrariedad” (2005, p. 11).

En resumen, podemos enumerar las características (en forma positiva) de la violencia según Arendt en los siguientes puntos:

- a) La violencia es un simple comportamiento y, por ende, requiere de un actor que la ejerza. En resumen, la violencia *es un ejercicio*.
- b) Es de carácter eminentemente *instrumental*: un medio, que como tal, se debe orientar hacia un fin.
- c) Al requerir de instrumentos, *depende esencialmente de la técnica*.
- d) Puede multiplicar la potencia natural de quien la ejecuta (y por esto, prescinde del número de participantes).⁵

- **Tecnología**

⁵ Estas dos últimas características ya nos anticipan un punto de encuentro fundamental entre violencia y tecnología.

Cuando hablemos de tecnología nos referiremos –casi de forma específica– al fenómeno del desarrollo tecnológico. En torno a éste podemos identificar tres líneas referidas en el texto (los nombres elegidos son propios):

- a) **Tecnología armamentística:** Este tipo de desarrollos son los que principalmente encontramos a lo largo de la obra (recordemos que fue escrita en pleno auge de la Guerra Fría) y la más explícita y directamente relacionada con la violencia política y sus repercusiones, tanto de forma material como simbólica. A raíz de esta preponderancia es la que aquí trataremos con mayor profundidad y detalle.
- b) **Tecnología computacional:** Aparece principalmente en el apartado 3. Juega un papel preponderante en el proceso de vaciamiento de sentido de la acción política, teniendo un rol accesorio en el fenómeno de la intromisión de la violencia en lo político. También podemos ver en ella la materialización del afán de previsión del futuro y de corrección de la imprevisibilidad humana.
- c) **Tecnología de las telecomunicaciones:** Tiene una presencia secundaria en la obra, principalmente asociada al fenómeno de los medios masivos y el rol que juegan en la formación de imagen y opinión pública en torno al discurso violento (en tanto una suerte de glorificación de la violencia).⁶

Con respecto al fenómeno del desarrollo tecnológico en sí mismo, Arendt en *La Condición Humana* (2009) plantea lo siguiente:

Dicho con otras palabras, el *homo faber*⁷, fabricante de utensilios, inventó los útiles e instrumentos para erigir un mundo, y no -al menos, de manera fundamental- para ayudar al proceso de la vida humana. La cuestión, por consiguiente, no es tanto saber si somos dueños o esclavos de nuestras máquinas, sino si éstas aún sirven al mundo y a sus cosas, o si, por el contrario, dichas máquinas y el movimiento

⁶ Si bien su abordaje quedará al margen de este trabajo, cabe destacar que es uno de los fenómenos tecnológicos que mayores repercusiones tienen en nuestra contemporaneidad y que implican nuevas formas (esencialmente simbólicas) del ejercicio de la violencia.

⁷ “En términos de definición y conceptualización, *homo faber* traduce como “el que fabrica y trabaja sobre”, mientras que *homo laborans* es “el que labora y mezcla con”. Desde esta perspectiva, el primero es el inventor de instrumentos y útiles que con la ayuda de las máquinas ha transformado el mundo natural en artificial (creador del artificio humano), pero que con el mismo se ha convertido en un peligro para sí mismo y para el mundo, debido a la destrucción de la naturaleza” (Díaz Sánchez, 2016, p.76).

automático de sus procesos han comenzado a dominar e incluso a destruir el mundo y las cosas (Arendt, 2009, p.170).

Anticipando el nexo que une violencia y tecnología –que se puede caracterizar como violenta en sentido de su propia capacidad de intervenir destructivamente en el mundo y en la naturaleza– vemos que esta relación trasciende los objetos diseñados y propuestos específicamente para un fin violento. La violencia se inmiscuye al interior de la tecnología (y su desarrollo) a un nivel más profundo y en una escala más amplia; es decir, se introduce la violencia como forma estructural ya sin importar el carácter con el que se conciben éstos procesos. Intentemos clarificar esto mediante un ejemplo. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la bomba nuclear es una tecnología violenta ya que es un objeto específicamente concebido para ejercer materialmente la violencia mediante su uso. Pero también podríamos argumentar que cualquier tipo de tecnología cuyas consecuencias nos habiliten, por así decirlo, a la destrucción de nuestro entorno y/o de nuestras capacidades humanas y sociales es efectivamente violenta o destructiva sin haber sido necesariamente concebida con miras a un fin violento (pensemos en desarrollos tales como el *smartphone* o las redes sociales). En ese sentido, podemos llegar a la conclusión que incluso el proceso de automatización creciente es en sí mismo una fuerza de dominación violenta sobre la humanidad.

- **Idea de Progreso**

Nos queda por definir el último concepto en nuestra tríada: el Progreso; ideal que Arendt considera esencialmente como: “el más serio y complejo artículo ofrecido en la tómbola de supersticiones de nuestra época” (Arendt, 2005, p. 45). Para aproximarnos a entender en profundidad esta noción debemos, en primera instancia, ubicarla en términos históricos. Así advertiremos como en el trasfondo de la idea de Progreso se esconde en realidad una insistencia en pensar la política a partir de una doctrina heredada de la modernidad. En palabras de la autora:

La noción de que existiera algo semejante a un progreso de la Humanidad en su totalidad era desconocida antes del siglo XVII, evolucionó hasta transformarse en

opinión corriente entre los *hommes de lettres* del siglo XVIII y se convirtió en un dogma casi universalmente aceptado durante el siglo XIX. (Arendt, 2005, p. 40)

Durante el siglo XIX, se realiza un desplazamiento conceptual hacia una idea de un Progreso ilimitado y exponencialmente creciente que, como argumenta Arendt, descansa en poco más que una metáfora apenas disimulada. Una suerte de fábula que relaciona unas leyes de movimiento sin principio ni fin (derivadas del mecanicismo newtoniano) en conjunción con una idea de cuño hegeliano-marxista según la cual las sociedades antiguas albergan en sí las semillas de las sociedades futuras; siendo ésta:

(...) la única garantía conceptual posible para la sempiterna continuidad del progreso en la Historia; y como se supone que el movimiento del progreso surge de los choques entre fuerzas antagónicas, es posible interpretar cada «regreso» como un retroceso necesario pero temporal. (Arendt, 2005, p. 41)

Así es que de ésta suma obtenemos como resultado “la tranquilizadora idea de que sólo necesitamos marchar hacia el futuro, de que no podemos dejar de contribuir de cualquier modo al hallazgo de un mundo mejor” (Arendt, 2005, p. 42). La incipiente noción de Progreso, a través de su evolución, se va consolidando como una forma de pensamiento dominante gracias a su ventaja práctica en comparación con otras concepciones históricas. Al correr la vista del pasado (sin dejar de explicar su necesidad) y dirigir la mirada hacia el futuro de manera optimista y confiada, proporciona un precepto moral en tanto una guía certera sobre cómo deberíamos actuar. Esta pretensión se nos revela con toda claridad en el siguiente pasaje:

El progreso no sólo explica el pasado sin romper el continuum temporal sino que puede servir como guía de actuación en el futuro. (...) El Progreso proporciona una respuesta a la inquietante pregunta ¿Y qué haremos ahora? En su más bajo nivel, la respuesta señala: Vamos a trocar lo que tenemos en algo mejor, más grande, etc. (...) tenemos la seguridad de que no puede suceder nada nuevo, y totalmente inesperado, nada que no sean los resultados «necesarios» de lo que ya conocemos. (Arendt, 2005, p. 43)

Al producirse este desplazamiento, la mera idea de Progreso se naturaliza como una referencia ideológica estándar, convirtiéndose en una suerte de mito⁸ compartido por el entramado sociocultural. En ello, retomamos lo expresado por Ronald Wright, que en su *Breve Historia del Progreso* (2006) argumenta lo siguiente:

Nuestra fe práctica en el progreso ha extendido sus ramificaciones y se ha condensado en una ideología, en una religión secular que, al igual que las religiones a las que el progreso vino a desplazar, tiene un punto ciego en cuanto a las deficiencias de sus propias credenciales. Sucede que el progreso se ha convertido en un mito (...) una ordenación del pasado, real o imaginario, en patrones que refuerzan los valores y aspiraciones más profundos de una cultura. (Wright, 2006, p.20)

A fin de cuentas, la concepción de Progreso según Arendt se resume esencialmente en que: “Progreso, tal como hemos llegado a conocer, significa crecimiento: el implacable progreso de más y más, de más grande y más grande.” (Arendt, 2005, p. 112).

2) Vinculación y relaciones conceptuales

Ya delimitada lo más claramente posible nuestra tríada conceptual; procedemos a esquematizar las relaciones y vínculos conceptuales que identificamos en el transcurso de la obra. Podemos trazar el fundamento de nuestra propuesta considerando una perspectiva histórica, esto es, notamos que varios de los fenómenos que describe Arendt comparten raíces en común: tienen su origen durante la Edad Moderna. Como ya habíamos mencionado, es justamente durante esta época que (según la descripción arendtiana) se confunden poder y violencia. Gran parte del pensamiento moderno parte de este supuesto, y (casi) toda la tradición filosófica posterior lo admite acríticamente. Pensadores y políticos tanto en la “derecha” como en la “izquierda” comparten éste

⁸ Si bien Arendt no utiliza expresamente esta noción del progreso como un *mito*, elegimos destacarla ya que forma parte de nuestro marco de referencias.

énfasis en la productividad y laboriosidad con la violencia implícita que traen aparejadas. Profundizando en esta idea, Anabella Di Pego en *Poder, violencia y revolución en los escritos de Hannah Arendt* (2006) argumenta lo siguiente:

En la época moderna se produce la exaltación de las capacidades productivas de los hombres y consecuentemente de la violencia que las mismas conllevan. Recordemos que el proceso de producción supone siempre la extracción violenta de la materia prima de la naturaleza que se presenta como un medio necesario para conseguir el fin propuesto. Así, en la época moderna, la producción –o el trabajo– se presenta como la actividad humana más elevada y la violencia es concebida como un medio eficiente para la prosecución de fines. (Di Pego, 2006, p. 104)

El otro eje clave que otorga fuerza a la relación propuesta es la relación que existe entre las nociones de: Progreso, ciencias prácticas, experimentación e intervención sobre la naturaleza y el desarrollo de la técnica -así como el dominio del hombre sobre su entorno-. Leemos en Arendt que:

La irracional creencia decimonónica en el progreso ilimitado ha encontrado una aceptación universal principalmente por obra del sorprendente desarrollo de las ciencias naturales, que, desde el comienzo de la Edad Moderna, han sido ciencias «universales» y que, por eso, podían mirar hacia adelante y contemplar una tarea inacabable en la exploración de la inmensidad del Universo. (Arendt, 2005, p. 45-46)

De esta manera, la violencia comienza a entrelazarse con la tecnología: la violencia, por naturaleza instrumental, “siempre necesita herramientas (...) la revolución tecnológica ha sido especialmente notada en la actitud bélica” (Arendt, 2005, p. 10). Una consecuencia fundamental del desarrollo tecnológico será la creación de nuevos y más eficaces instrumentos para la violencia. Los instrumentos técnicos de los que se vale forman parte de la tecnología a gran escala.

Es en este punto donde se da origen a un fenómeno de retroalimentación. El desarrollo tecnológico se ve principalmente impulsado por la maquinaria de la guerra (mediante financiamiento a investigaciones, producción, etc.). Estas nuevas y mejores formas de “hacer” la guerra dan un fuerte estímulo al ejercicio de la violencia; como consecuencia se establece un complejo militar-industrial-laboral (Arendt, 2005). Todo esto nos demuestra que el potencial bélico –la capacidad de un Estado de ejercer la violencia- se transforma en la principal fuerza estructuradora en la sociedad a un nivel macro (así como en las relaciones entre naciones-estado); marcando un primer indicio de la filtración de la violencia dentro del ámbito político. En otras palabras, Arendt plantea que la guerra es el sistema social básico, que se extiende a condicionar/determinar los demás modos de producción e industria, y, por ende, el desarrollo tecnológico. Asimismo, podemos notar que el propio hecho de hablar de un “desarrollo” tecnológico presupone una idea de Progreso lineal acumulativo o tendiente al crecimiento; como lo expresan los frutos de estos tipos de industria: la acumulación de potencial bélico en un país y su crecimiento en capacidad y potencia armamentística.

Al introducir en el análisis esta dimensión acumulativa, la tecnología también puede ser vista como una perpetuación de formas sociales existentes. Es decir, ¿Qué es el desarrollo sino la generación a partir de lo ya existente? Planteado en éstos términos, el progreso tecnológico siempre va a tender a aumentar la capacidad de ejercer la violencia (como vemos que sucede en la carrera armamentística).

Ejemplifiquemos: Pensemos en nosotros como jefes de Estado de un país sin armamento nuclear en tensa relación con una nación rival que se encuentra a “tope de gama” en capacidad de destrucción masiva. Puesto que partimos de una posición originaria desfavorable -en un desbalanceo de poderes- jamás podríamos negociar “de igual a igual” con nuestra contraparte. Emerge la necesidad de, mínimamente, intentar alcanzarla en poderío armamentístico para así neutralizar cualquier posible amenaza y ganar cierto respeto (bajo la nueva amenaza de destrucción mutua asegurada). Pero este escenario hipotético conlleva en su interior una paradoja. Recordemos las palabras de la autora cuando nos advierte que:

Los que se oponen a la violencia con el simple poder pronto descubrirán que se enfrentan no con hombres, sino con artefactos de los hombres, cuya inhumanidad y eficacia destructiva aumenta en proporción a la distancia que separa a los oponentes. (Arendt, 2005, p. 73)

La trampa en este razonamiento estriba en que, ayudados en gran parte por la capacidad de previsión que nos otorgan las ciencias informáticas, las decisiones se toman en base a las proyecciones a futuro de escenarios ya existentes y no mediante la consideración de la irrupción de nuevos paradigmas, que conllevarían una acción política propiamente dicha (y como tal, fundamentalmente humana).

Es aquí que consideramos necesario para nuestro análisis profundizar en la dimensión ideológica en torno al Progreso, es decir, en el conjunto de ideas, conceptos y creencias que dan origen a nuestras representaciones -o concepciones intelectuales- alrededor de éste fenómeno. Este trasfondo ideológico está en gran medida basado en una interpretación de la dialéctica hegeliano-marxista del devenir histórico como un choque de fuerzas antagónicas en miras hacia un Progreso futuro inminente. Como consecuencia de esta idea se va generando una noción (una suerte de intuición o esperanza) según la cual la oposición violencia-poder se va desarrollando mediante una relación dialéctica. Todo esto lleva a la consideración de que son justamente estos choques y contradicciones -con sus consecuentes luchas intestinas- los que motorizan el desarrollo hacia el futuro. Según Arendt, esta *ideología* del Progreso puede funcionar como la base de una potencial justificación de la violencia.

Así también, sostenemos que dicho trasfondo ideológico habilita al desarrollo tecnológico irrestricto e irreflexivo, puesto que genera la noción de que cualquier contradicción en el proceso del devenir histórico es nada más que, metafóricamente hablando, una piedra en el camino de futuras épocas gloriosas por venir. Podemos afirmar que el desarrollo tecnológico, junto con la violencia política implícita en él, encuentran un fundamento teórico que les permite operar a partir de la ideología del Progreso inherente al sistema productivo capitalista tal como se configura en la modernidad. En síntesis:

Si consideramos a la historia en términos de un continuo proceso cronológico cuyo progreso es inevitable, la violencia, en forma de guerras y revoluciones puede presentarse como la única interrupción posible; si solo el ejercicio de la violencia hiciera posible la interrupción de procesos automáticos en el dominio de los asuntos humanos, los predicadores de la violencia habrían conseguido una importante victoria... (Arendt, 2005, p. 47)

Sin embargo, es la propia Arendt quién va a notar cómo el propio desarrollo tecnológico puede invertir radicalmente el fenómeno que está describiendo. Al realizar su oposición entre poder y violencia, sostiene que el poder está por sobre la violencia en cuanto al ejercicio del mando se refiere. Básicamente argumenta que si lo único que importara fuese la capacidad técnica de ejercer la violencia, sería imposible que en algún momento haya podido existir alguna revolución triunfante: “donde las ordenes no son ya obedecidas, los medios de violencia ya no tienen ninguna utilidad” ya que “todo depende del poder que haya tras la violencia” (Arendt, 2005, p. 67). En otras palabras, la filósofa plantea que incluso el desarrollo técnico al servicio de la violencia política no supone de antemano un desbalanceo de poder; y sin esto, fundamentalmente no hay peligro de un cambio social revolucionario puesto que “nunca ha existido un Gobierno exclusivamente basado en los medios de la violencia” (Arendt, 2005, p. 69). En un primer momento esto parece cortar de cuajo toda la relación que veníamos intentando trazar; puesto que, ¿Qué otra cosa realiza la autora en éstas líneas sino dejar sentada una diferencia esencial en estos dos ámbitos? Pero, sorpresivamente, finaliza su abordaje con un interrogante que, según entendemos, pone en jaque todas las condiciones anteriormente expuestas al plantear lo siguiente:

Sólo el desarrollo de los soldados robots eliminaría el factor humano por completo y permitiendo que un hombre pudiera, con oprimir un botón, destruir lo que él quisiera, cambiaría esta influencia fundamental del poder sobre la violencia. (Arendt, 2005, p. 69)

Es aquí donde aparece claramente y de forma distintiva la profunda vinculación entre el desarrollo tecnológico y el auge de la violencia política de la mano de la propia autora. Arendt interpreta que el desarrollo tecnológico puede llegar incluso a subvertir ésta condición fundamental del ejercicio del poder al colocar sobre la persona que se encuentre al mando un arsenal de instrumentos para ejercer la violencia con tal capacidad y fuerza que logre (potencialmente) la disensión de todo tipo de oposición.

3. Implicaciones y consecuencias teóricas

Recordemos una de las advertencias centrales de Arendt: la insubordinación de los medios violentos en la política. La violencia se vuelve un fin en sí mismo, o en cierta forma “olvida” los fines para los cuales se la ejerció en un principio. Esto se puede dar usualmente cuando estos fines se encuentran muy alejados en el tiempo del propio acto. No obstante, también debe tenerse presente incluso cuando los objetivos son más o menos inmediatos; puesto que se corre el riesgo que toda la sociedad comience a operar con dichos recursos para obtener sus objetivos:

El peligro de la violencia, aunque se mueva conscientemente dentro de un marco no violento de objetivos a corto plazo, será siempre el de que los medios superen al fin. Si los fines no se obtienen rápidamente, el resultado no será sólo una derrota sino la introducción de la práctica de la violencia en todo el cuerpo político. La acción es irreversible y siempre resulta improbable en caso de derrota un retorno al status quo. La práctica de la violencia, como toda acción, cambia el mundo, pero el cambio más probable originará un mundo más violento. (Arendt, 2005, p. 109-110)

Ni bien comenzamos la lectura de *Sobre la Violencia* nos topamos con una advertencia: “El desarrollo técnico de los medios de la violencia ha alcanzado el grado en que ningún objetivo político puede corresponder concebiblemente a su potencial destructivo o justificar su empleo en un conflicto armado” (Arendt, 2005, p. 9). Esto significa que el medio o instrumento (la violencia) sobrepasa el fin que teóricamente se

propone y por el cual se embarca en la guerra: la acción de la disputa política (sea este fin discursivamente señalado como la “libertad, democracia” etc.). Puesto que: “La verdadera sustancia de la acción violenta está regida por la categoría medios fin (...) el fin está siempre en peligro de verse superado por los medios a los que justifica y que son necesarios para alcanzarlo” (Arendt, 2005, p. 10).

Los medios se vuelven “de importancia mayor para el mundo futuro que los objetivos propuestos” (Arendt, 2005, p. 11). La introducción de tecnología al servicio de la violencia condiciona en cierta forma el devenir futuro de la política y la sociedad de modo mayor que la propia acción política o el poder y los objetivos propuestos. La violencia exagera esta imprevisibilidad, como ejemplifica el caso de las armas de destrucción masiva y la tensa calma nuclear. A partir de esto es que un proceso de *tecnificación* alcanza a la previsión y a los pronósticos políticos. El prestigio de los especialistas científicos desdeña el pensamiento, la actividad de pensar, por la formulación de teorías y datos mensurables y operables mediante la computación. Se procede mediante hipotéticas constituciones de los acontecimientos del futuro.

Recordemos que la acción humana nunca puede ser prevista. Todo intento de cuantificarla y medir sus consecuencias o resultados mediante la ciencia y la técnica se ve excedido. Arendt argumenta que, frente a la imprevisibilidad de la acción humana, los fines inherentes de estos medios fabricados (es decir, de las tecnologías) condicionan el futuro en mayor medida que los objetivos políticos propuestos. Así, el desarrollo tecnológico se transforma de ser meramente un medio tendiente a cumplir un objetivo a convertirse en un fin en sí mismo.

Las previsiones del futuro no son nada más que proyecciones de procesos y procedimientos automáticos presentes que sería probable que sucedieran si los hombres no actuaran y si no ocurriera nada inesperado (...) cada acción destruye la trama en cuyo marco se mueve la predicción. (Arendt, 2005, p. 15)

La idea de Progreso es muy efectiva en su poder de convicción al brindarnos un marco de aparente estabilidad. Los hechos inesperados de los acontecimientos quedan interpretados meramente como hechos de azar, como accidentes, contratiempos que

superar en la marcha hacia un mayor Progreso, hacia el futuro y el siempre postergado fin de la historia. El truco de (parafraseando a Arendt) arrojar tales hechos al famoso basurero de la Historia contribuye a aclarar la teoría, pero al precio de alejarse más y más de la realidad: Estas teorías resultan tan consistentes que adormecen nuestro sentido común, nuestro órgano mental para percibir, comprender y tratar a la realidad y los hechos. La idea de Progreso se convierte en el *mito* del Progreso justamente cuando se vuelve el marco ideológico predeterminado que guía el discurso social y político. Aquí ya no hay espacio para la reflexión ni la acción, se toma el mero trabajo y la labor como fundamento; los instrumentos y las máquinas productivas de fuerza bruta se erigen como la estructura dominante en la sociedad.

“La violencia puede siempre destruir al poder; del cañón de un arma brotan las órdenes más eficaces que determinan la más instantánea y perfecta obediencia. Lo que nunca podrá brotar de ahí es el poder” (Arendt, 2005, p. 73). La autora argumenta que el poder, al estar basado en la opinión de la mayoría (en otras palabras, en un consenso social) es necesario para el sostenimiento de las instituciones políticas. El poder no puede emanar de la violencia, ni de la técnica con la que se ejecuta -en este caso, “el cañón de un arma”-. No es la capacidad destructiva del artefacto tecnológico lo que nos hace crecer en poderío, lo único que efectivamente hace es incrementar nuestra capacidad de ejercer violencia y con ella la obediencia que trae aparejada, lo que trae consigo una alarmante consecuencia:

Donde la violencia ya no es apoyada y sujeta por el poder se verifica la bien conocida inversión en la estimación de medios y fines. Los medios, los medios de destrucción ahora determinan el fin, con la consecuencia de que el fin será la destrucción de todo poder. (Arendt, 2005, p. 75)

En resumen, puesto que no existen medios sin fines, la violencia, al perder la mira de sus objetivos políticos originales, se transforma y tiende a encontrar una nueva orientación al sustentarse en la idea de Progreso: las fuerzas que motorizan la sociedad se dirigen hacia el propio proceso del devenir histórico, lo que justifica el ejercicio de la

violencia en el presente. La violencia toma la forma de ser un fin en sí mismo, auto-justificándose. Algo similar ocurre con la acumulación de mayor poderío tecnológico-militar-armamentístico en miras de lograr mayor poder. Éste no sólo no logra su objetivo (puesto que de la violencia no emana el poder) sino que corre el riesgo de exacerbar el proceso de inversión medios y fines, infiltrando aún más la violencia en el orden social y político.

Retomemos también la noción de que la tecnología moldea nuestra forma de accionar en el mundo -por sí misma- de maneras que no podemos prever o planificar (aun cuando se las desarrolle con cierto enfoque u objetivo en mente). Como todo lo que interviene en el mundo, sus consecuencias son imprevisibles. Tenemos como ejemplo, en palabras de Arendt (2005): “la técnica desarrollada a mediados del siglo XX, que ha resultado ser destructiva aun cuando parecía la más beneficiosa” (p. 123-124). Por más que el desarrollo científico-tecnológico sea más susceptible a la cuantificación, sus consecuencias tampoco escapan a la suerte de un devenir incierto. En consecuencia, se puede inferir que este espíritu signado por el ideal de Progreso termina justificando en cierta medida el ejercicio de la violencia política.

Conclusiones

En suma, el planteo teórico que sostenemos a partir de lo desarrollado en este trabajo es el siguiente: La sociedad moderna nacida bajo los ideales del Progreso, propicia la violencia social y política. La idea de Progreso marca un camino a seguir para el desarrollo histórico y se transforma en una suerte de mito que guía el accionar político-social. El ser humano en su búsqueda de un sentido y guía frente a la incertidumbre del devenir histórico cae en repetitivos patrones de conducta sustentados en ideas que, revolucionarias y rupturistas en apariencia, siguen sustentándose en principios cuasi míticos de un devenir histórico que trascienda las contradicciones inherentes y las motorice confiando en que el *triunfo de la historia* es, a fin de cuentas, inevitable.

La tecnología toma el rol predominante en la construcción de este futuro y a su vez determina el propio desarrollo tecnológico, retroalimentándose y determinando un bucle infinito que dejado a su suerte puede anular cualquier objetivo concertado de la

acción política humana. La cuestión de trascender los límites meramente humanos puede darse a través de la fe en la tecnología (paradigma cortoplacista) o a través de la organización y la acción política (paradigma largoplacista, que requiere necesariamente de una concertación y una comunidad).

Hoy vemos un fenómeno mediante el cual la acción política se ve reemplazada por una esperanza optimista en el futuro; en base a esta confianza, la política se “cuantifica”. Se deja de creer en la posibilidad de la irrupción de lo nuevo, de una ruptura radical con lo establecido. Sin embargo, en el momento en que se empieza a resquebrajar esta confianza ciega en el progreso,⁹ frente a la conflictividad y contradicciones crecientes de este proceso, reaparece la violencia como única perspectiva de cambio posible. Esto, sumado a la desconfianza en la acción política, hace emerger respuestas que sólo logran canalizarse a través de medios violentos de una radicalización creciente.¹⁰ El extremo de la intromisión de la violencia en la política – consecuencia tan temida por Arendt– concluye en el efectivo reemplazo de la acción política por el ejercicio de la violencia.

Asimismo, la violencia simplifica discursivamente nuestro panorama de acción (tanto como la idea de progreso simplifica nuestra visión histórica): divide en un *nosotros* y un *ellos*; pone a quien la ejerce contra quien la recibe. Como vimos anteriormente la violencia, al aumentar la potencia natural del humano, permite que un pequeño grupo (una *élite*) ponga en jaque a grandes masas de personas.¹¹ Tomemos la interpretación sobre Marx que realiza Arendt (2005) según la cual “el verdadero poder de la clase dominante no consistía en la violencia ni descansaba en ésta. Era definido por el papel que la clase dominante desempeña en el proceso productivo” (p.20).

⁹ La marcha hacia el futuro ya no nos ofrece tranquilidad debido a que quizás: “el futuro general de la humanidad nada tenga que ofrecer a la vida individual cuyo único futuro cierto es la muerte” (Arendt, 2005, p. 42).

¹⁰ Como podemos notar en ciertos movimientos o posicionamientos extremistas en torno al desarrollo tecnológico. Teniendo por un lado (a favor) el aceleracionismo (propone acelerar el desarrollo tecnológico irrestricto), por el otro (en contra) el neoluddismo o el primitivismo (propone la vuelta a un paradigma cuasi-prehistórico, destruyendo toda máquina).

¹¹ “Sabemos que «unas pocas armas en unos pocos momentos podrían barrer todas las demás fuentes de poder nacional»” (Arendt, 2005, p. 18)

Repasemos la configuración actual, donde los desarrollos tecnológicos se expresan predominantemente en el campo de las telecomunicaciones. Las aplicaciones y *software* que utilizamos todos los días estarían configurados y estructurados de acuerdo a los intereses ideológicos y materiales de una pequeña minoría (la misma que determina los medios y tipos de producción). Estaríamos ahora frente a una nueva forma de violencia, que coacciona sin necesidad de la amenaza física. Nos acostumbramos a estas nuevas formas de vivir, pensar y sentir (incluso, con las consecuencias que conllevan en nuestro accionar político) como si con ellas canalizáramos la acción; en términos simples, la política se vuelve un posteo en redes sociales.

Pero la esfera de la “política” tradicional excede su intromisión en el desarrollo tecnológico. La tecnología acelera y la política siempre queda detrás, sirviéndose de sus instrumentos, pero sin intervenir en sus procesos de formación. El nuevo *corpus* que emerge es el entramado corporativo de las empresas de desarrollo tecnológico. Si nos preguntáramos: ¿Quiénes son los actores predominantes en la dirección del proceso productivo en nuestros días? Podríamos responder que, en cierta forma, son las mismas fuerzas de producción las que se auto-determinan y configuran la sociedad de tal manera que es indiferente quién (o qué) ocupa el lugar vacante en la administración política.

La sociedad se va estructurando en pos de la técnica que se interpreta como panacea para todos nuestros problemas (incluso, paradójicamente, los causados por el propio desarrollo tecnológico). El nuevo ejercicio de la política se va reemplazando por un panorama tecnocrático. El imaginario se configura de manera que se interpreta que, si aún existen problemas sociales, es porque no se han encontrado aún las soluciones tecnológicas prácticas y tangibles. El encargado de mejorar la sociedad es el progreso tecnológico, dejando de lado la acción concertada del ámbito político, la comunidad política humana representada por la democracia se vuelve una vieja estructura olvidada y obsoleta.

Sin embargo, cabe mencionar una cuestión más: Nuestras tecnologías pueden aún contener en ellas un espacio para el panorama de la acción humana. Los sistemas en los que corre todo el aparato tecnológico son programados y diseñados por personas, por así decirlo, de carne y hueso. Es casi imposible que algo de lo propiamente humano,

de lo imprevisible, no se introduzca en el funcionamiento de nuestras tecnologías. El proceso de labor y de trabajo mediante el cual se produce y se reproduce la tecnología no sólo parte del ser humano, sino que también es dirigido hacia nosotros. Por así decirlo, somos “amos” y creadores de la tecnología, pero a su vez, en cierto sentido, también somos sus servidores. Lo que todavía no podemos estimar de manera objetiva es el grado en el cual nos volvemos dependientes de la tecnología y en lugar de servirnos de ella, o trabajar con ella, pasamos a servirla.

Ante el análisis y diagnóstico que hemos expuesto a lo largo de este trabajo, es natural que nos surja la pregunta: ¿Qué podemos hacer? Nos gustaría cerrar el artículo -mas no así la reflexión- retomando un planteo de la autora. Para Arendt el punto de partida hacia una solución es, una vez más, introducir el fenómeno de la acción política propiamente dicha: “Estoy inclinada a pensar que parte considerable de la actual glorificación de la violencia es provocada por una grave frustración de la facultad de acción en el mundo moderno” (Arendt, 2005, p. 113-114). Así también, es el inicio para poder contrarrestar las graves consecuencias del desarrollo tecnológico sustentado en la idea de progreso irrestricto: “Es función, sin embargo, de toda acción, a diferencia del simple comportamiento, interrumpir lo que de otra manera se hubiera producido automáticamente y, por eso, previsiblemente” (Arendt, 2005, p. 47). Notamos que la concepción arendtiana es profundamente humanista y su apuesta moral logra volver a dotar al ser humano de su posibilidad de acción. Consideramos que es justamente esta perspectiva la que nos permite desprendernos de caer en reduccionismos deterministas y mecanicistas. Ya no somos meramente un producto de circunstancias y variables ajenas a nuestro control; la más mínima acción genera el quiebre de la supuesta línea histórica que transitamos y vuelve a introducir la imprevisibilidad al futuro, posibilitando la irrupción de lo auténticamente nuevo.

Referencias Bibliográficas

Arendt, H. (2005). *Sobre la violencia*. Madrid, Alianza.

Arendt, H. (2009). *La condición humana*. Buenos Aires, Paidós.

Díaz Sánchez, E. (2016). El papel de la tecnología desde la perspectiva de Hannah Arendt. *Citas*, 2(1). 73-80.

Di Pego, A. (2006). Poder, violencia y revolución en los escritos de Hannah Arendt. Algunas notas para repensar la política. *Argumentos*, 19(52), 101-122.

https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-57952006000300006

Wright, R. (2006). *Breve historia del progreso*. Barcelona, Urano.